

Monasterio INVISIBLE

para NIÑAS, NIÑOS Y ADOLESCENTES

Lugar: Patio cubierto

Hora: 3:00 — 4:00PM

Responsables: Docentes, Animadora Vocacional y hermanas de la comunidad

Tema: De la mano de la Virgen María, como el Hermanito Pedro, vivimos nuestra vocación.



1 decoración de espacio

- Altar para el Santísimo
- Velas
- Exposición del Santísimo 3:00 pm
- Afiche Monasterio Invisible
- Rosas de papel
- Refrigerio
- Sillas y cojines

Cuando los ángeles se volvieron al cielo, los pastores se decían unos a otros: "Vayamos, pues, a Belén y veamos lo que ha sucedido y que el Señor nos ha dado a conocer."

Fueron apresuradamente y encontraron a María, a José y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que se les había dicho de aquel niño. Y todos los que lo oían se admiraban de lo que decían los pastores. María, por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón.

Lucas 2, 15-19



2 bienvenida y contextualización

Hoy queremos comenzar este espacio con una invitación muy especial: aprender a escuchar el llamado de Dios en nuestra vida. Vamos a inspirarnos en la historia del hermanito Pedro, quien no caminó solo, sino que se dejó guiar por la Virgen María, confiando en su amor y en su ejemplo. La virgen María, con su sí generoso, nos enseña que decirle sí a Dios no siempre es fácil, pero sí es un camino lleno de sentido, entrega y amor. Así como el hermanito Pedro confió y siguió ese camino, hoy nosotros también estamos llamados a preguntarnos: ¿A qué me está llamando Dios?, ¿Quién guía mis decisiones?

Este será un espacio para reflexionar, compartir y descubrir que cada uno tiene una vocación, un propósito único. Y que, de la mano de la virgen María, podemos recorrer ese camino con confianza, como lo hizo el hermanito Pedro.



3 dramatizado

(El hermanito Pedro entra muy feliz, saludando con entusiasmo a todos los asistentes.)

Hermanito Pedro: Muy buenas tardes para todos. Qué alegría estar aquí compartiendo con ustedes. Hoy me siento muy feliz, porque hace poco celebramos mi cumpleaños y fue un día muy especial. ¡Me encantó ver tantas personas acompañándome! Hubo muchas tortas, música, alegría y una gran fiesta que llenó mi corazón de felicidad.

Pero hoy quiero hablarles de algo muy importante que celebramos durante este mes de mayo: el mes de la Virgen María. La Virgen María siempre ha sido alguien muy especial para mí. En muchos momentos de mi vida, especialmente cuando sentía dudas o crisis en mi vocación, fue ella quien me ayudó a seguir adelante. Con su amor, su ejemplo y su “sí” generoso a Dios, María me enseñó a confiar y a no tener miedo.

Por eso hoy quiero invitarlos a que juntos conozcamos un poco más sobre María y descubramos cómo ella también puede guiarnos en nuestro camino y en nuestra vocación.

Niños, durante esta semana en las reflexiones les estuvieron hablando sobre las advocaciones de la Virgen María... ¿alguno recuerda qué es una advocación? **(Escucha algunas respuestas de los niños o profesores.)**

¡Muy bien! Las advocaciones son las diferentes maneras en que conocemos y veneramos a la Virgen María en distintos lugares y momentos, recordando sus virtudes, milagros y el amor con el que nos acompaña, Y quiero contarles que yo tenía una devoción muy especial por algunas advocaciones de la Virgen María, porque en muchos momentos de mi vida sentí su compañía, su protección y su guía, especialmente en mi camino vocacional. Y hoy se las presentaré **(Ingresan las docentes que se representan las advocaciones de la Virgen María)**

Nuestra Señora de Belén:

Yo soy Nuestra Señora de Belén, una advocación que recuerda uno de los momentos más humildes y hermosos de mi vida: el nacimiento de mi hijo Jesús. Hace muchos años, junto a José, llegué a Belén buscando un lugar donde descansar, pero no encontramos posada. Fue entonces cuando, en una sencilla cueva, llena de humildad y silencio, nació Jesús, el Salvador del mundo. Aunque el lugar era pequeño y sencillo, allí también estuvieron presentes el amor, la esperanza y la confianza en Dios. Yo abracé a mi hijo con ternura de madre, contemplando el gran regalo que el Señor había enviado para toda la humanidad.

Desde entonces, muchas personas me recuerdan como Nuestra Señora de Belén, porque esta advocación representa la ternura, la sencillez y el amor de una madre que acompaña y protege a su hijo. También invita a cada familia a abrir su corazón para recibir a Jesús con alegría y fe.

Hermanito Pedro: Cuando llegué a Guatemala, descubrí algo que llenó profundamente mi corazón: el gran amor que las personas tenían hacia la Virgen María. La invocaban bajo diferentes advocaciones, le ofrecían flores sencillas del campo y acudían a ella con confianza de hijos hacia su madre. Yo también aprendí a amarla con todo mi corazón. Por eso, cuando conseguí el lugar para construir mi hospital, lo llamé con cariño “La Casita de la Virgen”, porque quería que María fuera la protectora, compañera y madre de esta obra de amor y misericordia.

Hubo momentos en los que sentí dudas, cansancio y muchas preguntas en mi vocación. En esos momentos buscaba silencio y oración. Pasaba largas horas contemplando el pesebre de Belén, mirando la humildad con la que



Jesús quiso venir al mundo. Allí entendí que servir a los pobres, enfermos y necesitados era también servir al mismo Jesús. Cuando llegó a mis manos una imagen de la Virgen María, sentí que debía darle un nombre especial, uno que reflejara cuánto significaba para mí. Entonces la llamé: **“Purísima Virgen María, Madre de Dios de Belén.”**

El gran amor que sentía por Nuestra Señora me llevaba a expresarle de muchas maneras todo mi cariño y devoción. Por eso, en el tiempo cercano a la Navidad, me gustaba honrarla y acompañarla en su camino hacia Belén, contemplando junto a ella el nacimiento de Jesús. Así comprendí que María se convirtió en Madre de la Orden Bethlemita.

Nuestra Señora de la Candelaria:

Hace muchos años, alrededor del año 1392, fui encontrada en un lugar llamado la playa de Chimisay, en Tenerife. Dos pastores guanches cuidaban sus cabras cuando notaron que los animales no querían avanzar y sentían miedo al acercarse a un barranco. Cuando ellos se acercaron para descubrir qué sucedía, me encontraron allí, sosteniendo al Niño Jesús en mis brazos y una vela encendida en mi mano. Yo quería hacerme presente entre ellos, acompañarlos y mostrarles mi amor de madre. Al principio, los pastores sintieron temor, porque no conocían quién era yo. Intentaron acercarse con desconfianza, pero comprendieron que mi presencia era especial y debía ser respetada. Entonces me llevaron a una cueva y comenzaron a llamarme Chaxiraxi, que significa “Madre del Sol” o “la que sostiene el mundo”. Con el paso del tiempo, un hombre llamado Antón, que había conocido el cristianismo, reconoció que yo era la Virgen María, la madre de Jesús. Desde entonces, fui llevada a la cueva de Achbinico, que se convirtió en un lugar de oración y encuentro con Dios.



Muchos comenzaron a visitarme y a encender velas en mi honor. Por eso mi imagen fue tomando un color más oscuro con el humo y el aceite que usaban las personas como muestra de amor y devoción. Así nació la historia de la querida Virgen de la Candelaria, que hasta hoy sigue acompañando y guiando a sus hijos con luz y esperanza.

Hermanito Pedro: Yo muchas veces dije “Si Dios me llevara otra vez a mi tierra iría descalzo al Santuario de Nuestra Señora de la Candelaria...” ya que aprendí a venerarla y amarla desde la niñez en mi casa.

Immaculada Concepción:

Cada 8 de diciembre la Iglesia celebra la Solemnidad de mi Inmaculada Concepción. Ese día recuerda el gran amor que Dios tuvo conmigo desde el primer instante de mi vida. Por gracia de Dios, fui preservada del pecado original para prepararme a la misión más importante: ser la madre de Jesús, el Salvador del mundo. Todo esto no fue por mis propios méritos, sino por el amor y la voluntad de Dios. Muchos años después, en 1854, el Papa Pío IX confirmó esta verdad proclamando el dogma de la Inmaculada Concepción, recordando que Dios me eligió y me llenó de gracia desde el comienzo de mi existencia. Mi vida es una invitación para todos ustedes a confiar en Dios y a responder con amor, humildad y generosidad, así como yo dije: “Sí” al Señor.

Hermanito Pedro: El amor que yo sentía por la Virgen María era tan grande, que hice un “Pacto de Sangre” para defender la Inmaculada Concepción de María, incluso si debía entregar mi propia vida por ella. Y ese compromiso lo renové muchas veces a lo largo de mi vida.



Muy cerca de Guatemala, en la Ciudad Vieja, se veneraba una hermosa imagen de la Virgen llamada la Concepción de Almolonga. Desde mis años de estudiante hasta el final de mi vida, me gustaba visitar ese lugar para orar, dar gracias y poner en las manos de María todas mis alegrías, preocupaciones y necesidades.

Nuestra Señora de la Merced

Hace muchos años, en la ciudad de Barcelona, Dios quiso que me hiciera presente de una manera especial para llevar esperanza y libertad a quienes sufrían. En la noche del 1 al 2 de agosto de 1218, me aparecí a San Pedro Nolasco, a San Raimundo de Peñafort y al rey Jaime I de Aragón. Mi deseo era que ellos fundaran una comunidad dedicada a ayudar y liberar a los cristianos que habían sido tomados como prisioneros y esclavos.

Muchos sufrían lejos de sus familias, llenos de tristeza y miedo. Por eso les pedí que llevaran misericordia, amor y esperanza a quienes más lo necesitaban. Así nació la Orden de la Merced. Sus religiosos no solo hacían votos de pobreza, castidad y obediencia, sino también un cuarto voto muy especial: estar dispuestos a ofrecer su propia vida para rescatar a los cautivos, incluso quedándose prisioneros en lugar de ellos si era necesario. Por eso me llaman Nuestra Señora de la Merced, porque deseo recordarles a todos que el verdadero amor se demuestra sirviendo, ayudando y dando libertad a quienes viven en el sufrimiento o la tristeza.

Hermanito Pedro: Uno de aquellos días en los que iba al colegio, me encontré en la calle con una gran procesión de la Virgen de las Mercedes. La habían sacado de la catedral en rogativa, y al verla pasar, mi corazón quedó profundamente conmovido. Aquella imagen, conocida por tantos milagros,



cautivó mi alma, especialmente en un momento en el que yo todavía no sabía con claridad cuál era el camino que Dios quería para mí.

Nuestra Señora del Rosario

Mi advocación como Nuestra Señora del Rosario está unida al rezo del Santo Rosario, una oración sencilla pero llena de amor y meditación sobre la vida de Jesús. Hace muchos años, alrededor del año 1208, me aparecí a Santo Domingo de Guzmán en un monasterio en Francia. Él estaba preocupado porque muchas personas se alejaban de Dios y había confusión en la fe. Entonces quise entregarle una ayuda especial: el Santo Rosario.



Le enseñé que, a través de esta oración, las personas podían acercarse más a Jesús, fortalecer su fe y encontrar paz en su corazón. Desde entonces, el Rosario se convirtió en una hermosa manera de acompañarme mientras contemplamos juntos la vida de mi Hijo. La Iglesia celebra mi fiesta como Nuestra Señora del Rosario cada 7 de octubre. Ese día también se recuerda la batalla de Lepanto, ocurrida en el año 1571. Aunque las fuerzas enemigas eran muy poderosas, los cristianos obtuvieron la victoria gracias a la intercesión de Dios, la fe del pueblo y el rezo del Santísimo Rosario. Por eso, cada vez que oran el Rosario con amor y confianza, yo camino junto a ustedes como una madre que escucha, protege y guía a sus hijos hacia Jesús.

Hermanito Pedro: En un momento muy difícil de mi vida, cuando pensaba regresar a mi tierra porque sentía que había fracasado en mis estudios, la Virgen María me habló al corazón y me dijo: **"Vete a la Antigua, que ahí es tu lugar de salvación."**

Cuando llegué a Petapa, entré a una pequeña ermita y allí encontré una imagen de la Virgen del Rosario. En aquel lugar lleno de silencio y paz, abrí mi corazón delante de María y le conté todas mis dudas, mis miedos y la tristeza que sentía por mis planes frustrados. Incluso pensaba que tal vez lo mejor era volver a mi tierra natal. Durante mucho tiempo permanecí orando, pidiendo a Dios una luz para saber qué camino debía seguir. Entonces, mientras un rayo de sol entraba por las ventanas de la ermita, sentí en mi corazón que la Virgen me decía que regresara a la ciudad, porque Guatemala era el lugar donde Dios me quería y donde crecería espiritualmente. Desde ese día comprendí que María nunca abandona a quienes buscan con sinceridad la voluntad de Dios.

Nuestra Señora de los Ángeles

Hace muchos años, el 2 de agosto de 1635, quise hacerme presente de una manera sencilla y especial en Cartago, Costa Rica. Una mujer humilde llamada Juana Pereira encontró una pequeña imagen mía sobre una roca, en un lugar llamado Puebla de los Pardos.

Ella me llevó con cariño a su casa, pero al día siguiente aparecí nuevamente en el mismo lugar donde había sido encontrada. Esto ocurrió varias veces, incluso cuando la imagen fue llevada a la iglesia y guardada en el sagrario. Entonces las personas comprendieron que yo deseaba permanecer allí y que en ese lugar se levantara un templo para recibir a todos mis hijos. Mi imagen es pequeña y de color oscuro, hecha con materiales sencillos de aquella tierra. En ella aparezco sosteniendo al Niño Jesús en mis brazos. Por eso, con mucho cariño, las personas comenzaron a llamarme “La Negrita”.



Por eso me convertí en un símbolo de unidad, esperanza y amor para todo el pueblo, siendo reconocida como la madre cercana que acompaña especialmente a los más humildes.

Hermanito Pedro: Después de dejar el pueblo de Petapa y continuar mi camino, llegué al Cerro Buena Vista. Desde allí pude contemplar la ciudad de Santiago de los Caballeros, y en ese momento mi corazón se llenó de una emoción muy grande. Entonces me arrodillé, cubrí mi rostro con la capa y, el 18 de febrero de 1651, recé con mucha devoción una Salve a la Reina de los Ángeles, poniendo en las manos de la Virgen María mi vida, mis sueños y todo lo que estaba por venir.

Virgen de la Anunciata:

La advocación de la Anunciación recuerda uno de los momentos más importantes de mi vida y de la historia de la salvación. Fue el instante en el que el Arcángel Gabriel llegó hasta mí, en Nazaret, para anunciarme que había sido elegida por Dios para ser la madre de Jesús, su Hijo amado. El ángel me saludó diciendo que estaba llena de gracia, y aunque sentí sorpresa y muchas preguntas en mi corazón, confié en Dios y respondí con amor y humildad: “Haz en mí según tu palabra.” En ese momento, por obra del Espíritu Santo, Jesús comenzó a vivir en mi vientre. Así inició el gran misterio de la Encarnación: Dios quiso hacerse hombre para venir al encuentro de toda la humanidad. Mi “sí” fue un acto de fe, confianza y entrega total a la voluntad de Dios. Por eso, la Anunciación también recuerda a todos ustedes la importancia de escuchar a Dios y responderle con generosidad.



La Iglesia celebra esta solemnidad cada 25 de marzo, exactamente nueve meses antes del nacimiento de Jesús en Navidad.

Hermanito Pedro: Cuando llegué a vivir a Guatemala, mi amor y devoción por la Virgen María crecieron aún más junto a la espiritualidad que los Padres Jesuitas enseñaban en el colegio. Ellos honraban de manera especial a la Virgen Anunciata dentro de la Congregación Mariana, y yo me sentí muy feliz de formar parte de ella. Con mucho cariño y dedicación procuré ser un congregante ejemplar, buscando siempre servir mejor a Nuestra Señora. Por eso pedí el oficio de sacristán de su capilla, y lo cumplí con mucho amor, cuidado y entrega, porque para mí era una alegría poder servir a mi Reina y Madre María cada día.

Nuestra Señora de los Remedios:

Muchas personas me han reconocido como madre, consuelo y remedio en medio de las dificultades, enfermedades y tristezas de la vida. Esta devoción comenzó a crecer hace muchos siglos y se fortaleció especialmente en España y en tierras de América. En México, mi imagen llegó junto a los conquistadores españoles en el año 1519, y poco a poco muchas personas comenzaron a acudir a mí con fe y esperanza.

Cuenta la tradición que, durante tiempos de guerra y sufrimiento, mi imagen fue escondida entre unos magueyes para protegerla. Años después, un indígena la encontró nuevamente en el cerro de Otomcapulco. Desde entonces, muchas personas comprendieron que yo deseaba permanecer



cerca de mis hijos, acompañándolos y escuchando sus necesidades. Por eso me llaman Nuestra Señora de los Remedios, porque deseo recordarles que nunca están solos y que siempre pueden acudir a mí con confianza, especialmente en los momentos más difíciles de sus vidas.

Hermanito Pedro: Muchas veces acudí a la Virgen de los Remedios para poner en sus manos mis preocupaciones, mis necesidades y todos los sueños que tenía para servir mejor a Dios. Con mucha confianza le pedía consejo y también su bendición para buscar un lugar donde pudiera comenzar nuevas obras de amor y misericordia al servicio de los más necesitados.

Siempre sentí que la Virgen María me acompañaba y guiaba mis pasos, ayudándome a descubrir cuál era la voluntad de Dios en cada momento de mi vida.

Docente o directivo: Hoy hemos conocido distintas advocaciones de la Virgen María y cómo, en cada una de ellas, ella se hace presente como madre, guía y compañera de camino. Así como María acompañó la vida y vocación del Hermanito Pedro, también quiere acompañar la vida de cada uno de ustedes. Por eso los invito a confiar en ella, a acercarse con amor y a dejarse guiar siempre hacia Jesús.

Canción a la Virgen
María



4 reflexión y compartir

Hoy hemos descubierto que la vocación no se vive solos. Dios siempre pone personas y ejemplos que iluminan nuestro camino, y para el Hermanito Pedro esa guía especial fue la Virgen María. En medio de dudas, miedos y decisiones importantes, él aprendió a confiar, a escuchar la voz de Dios y a seguir adelante con fe. María le enseñó a servir con humildad, amor y entrega a los demás. También nosotros tenemos sueños, preguntas y caminos por descubrir. Por eso, al mirar el ejemplo del Hermanito Pedro, recordamos que cada uno tiene una misión especial y que, cuando ponemos nuestra vida en las manos de Dios, encontramos la fuerza para responder con generosidad. Que María nos ayude a escuchar nuestro corazón, a no tener miedo y a caminar siempre con esperanza y amor hacia nuestra propia vocación.

(Se comparte el refrigerio)

